

Las vocales: “aire que el huerto orea”.

Apuntes para un ensayo lírico sobre el alma de los sonidos

LUZ ÁLVAREZ

Luz Álvarez es licenciada en Filología Inglesa y en Psicología. Paralelo al trabajo como profesora de Enseñanza Secundaria, ha desarrollado su interés por la escritura y la lengua tanto a través de la redacción y traducción de artículos de psicología y literatura como de obras de narrativa. Obtuvo el premio 'Leer es vivir' de literatura juvenil y su última novela, 'Alba de Montenegro', fue galardonada con el premio Lazarillo de creación literaria en 2007.

INTRODUCCIÓN. En uno de los versos de su ‘Oda a la vida retirada’, describe Fray Luis de León la brisa que pasa por su huerto como “el aire que el huerto orea”; probablemente en ningún otro verso de la literatura española haya más acumulación de vocales, que son puro aire emitido, pura brisa en la que viaja el resto de los sonidos, transportando las reminiscencias de sensaciones, sentimientos —ligeros en ocasiones, hondos en otras, bellos, tristes, punzantes—, ideas, imágenes, grafismos, sonoridades. Podríamos decir que los sonidos vocálicos son el alma del lenguaje.

Es éste un ensayo pensado y dedicado para que los jóvenes se acerquen de una manera lúdica —y espero que lúcida también— a algunos aspectos de la lengua española con los que no se acostumbra a tener un contacto temprano a través de los libros de texto o de lectura y que, posteriormente, en la mayoría de las ocasiones permanecen desconocidos. Está escrito también para aquellos adultos que desean participar en la educación lingüística y literaria de sus hijos y de la suya propia, a través de una reflexión alegre sobre los sonidos, las letras y la etimología de las palabras.

Vaya mi agradecimiento a Gregorio Salvador y Juan R. Lodares, por la inspiración y el conocimiento que me proporcionó su extraordinaria obra *Historia de las letras*. Igualmente, gracias a Álex Grijelmo por los tesoros que he encontrado en su libro *La seducción de las palabras*. Y gracias a Javier García Gibert por sus acertadas aportaciones poéticas y a M^a Teresa Más por sus correcciones siempre atinadas.

Aaaaaa

LA ABRACADABRANTE MAGIA DE LA A. En el idioma castellano la A es el sonido vocálico que aparece con más frecuencia. Algunos grandes estudiosos del idioma le han otorgado el título de “La reina del abecedario”, por ser ella la que encabeza la mayoría de los alfabetos conocidos, y, porque, entre la vocales, es la que primero suena y la más fácil de pronunciar: tan sólo es necesario aflojar un tanto la garganta, abrir bien la boca y permitir que nuestro aliento —o hálito— se deslice suavemente hacia el exterior. Es por eso que se la considera la *maga* que, con su fórmula *abracadabra*, abre las puertas de esa *gruta* que es la *garganta*, al resto de los sonidos. Y, por tanto, se considera que el sonido de la A promueve de esta forma la libertad, la expansión y la creatividad.

Encontramos a la A en alfabetos muy antiguos, como el egipcio, donde se representaba como la cabeza de un buey. Luego los fenicios esquematizaron esta figura a la que llamaron *álef*, buey; más tarde pasó al alfabeto griego y desde allí al etrusco y finalmente al latín, de donde nosotros lo heredamos.

Hoy en día esta letra se puede escribir con ciertas variantes, todas ellas bien hermosas; en cualquier caso, siempre conserva una forma reconocible:

A, A, A, A, A, A, a, a, a, a...

Representa la A un sonido redondo, expansivo, limpio; fijémonos, por ejemplo, en la apertura y amorosa belleza que refleja el poema ‘Novia del campo, amapolita’, de Juan Ramón Jiménez, y en el que la abundancia del sonido vocálico A contribuye a lograr ese efecto:

Novia del campo, amapola,
Que estás abierta en el trigo;
Amapolita, amapola,
¿Te quieres casar conmigo?
Te daré toda mi alma,
Tendrás agua y tendrás pan,
Te daré toda mi alma,
Toda mi alma de galán...

Amapola, campo, casar, alma, pan, galán... Y la A sale *cantando* del poema.

La A es casi siempre el primer sonido que emite el bebé, para unirlo a la sugerente M y formar *mamaaammamaa*, o a una sonora P y surge *ppaaaappaaaa...*, y cuando tiene sed abre su boquita y dice *aaabbbbaaa*. Entonces la A puede mostrarse jugosa, redonda y alegre como una *naranja*. Algunas personas nos imaginamos a la A muy luminosa, *clara, blanca*, quizás con el delicado tono rosado del *alba*, su *alma* es tan limpia como *agua* que en el *manantial canta*.

La A es una letra tan alegre, tan animosa, que gusta de *saltar, bailar el cha-cha-chá, jugar a las canicas, cantar arias, andar, nadar, amar*. *Aaaaaaaaaaaah* pronunciamos boquiabiertos ante aquello que nos ha causado gran admiración o sorpresa. Pero también puede salir gritando de miedo o de dolor cuando el pie desnudo tropieza en una roca de la playa: *¡Ayyyyy!* —en este amargo caso suele ir acompañada de una punzante I/Y. Ahora bien, si nos enfadamos en serio, fácilmente lanzamos un bramido de furia a través de un *AAAAAAAAAAAA* realmente vibrante que haga estremecerse las paredes de una casa.

La A se encuentra en muchos lugares diferentes, en la *guerra*, acompañada de sonidos vibrantes, y en la *paz*, palabra que comienza con una voluntariosa P para terminar en una acariciadora Z final. Está arrullada por la M en *amor* y cerrada por los sonidos oclusivos, terminantes ellos, en *crueldad, maldad*. En la orquesta la encontramos acompañando a la rotunda O en los *tambores* o acompañando a las poderosas *sopranos*. En la amplia *mar* la encontramos en sus *playas, bahías, barcas* y en las *algas*, verdura primigenia que las corrientes peinan. En la tierra trepa a los *árboles*, habita las *plantas*, baja a los *valles* y se encarama a las montañas. Y saca a la misteriosa y secreta U de sus *grutas* y *cuevas*.

De dentro afuera, de la O a la A: “hola” le decimos abiertamente a alguien con quien queremos hablar. “Adiós” nos despedimos... Las dos unen sus fuerzas para formar los aumentativos: *pastelazo, manotazo, pepona, abusón, abusona...* Y junto con la E y la I dan vida a palabras tan hermosas como *alegría, felicidad, bienestar, placer* o *melancolía*.

Los sonidos, más los vocálicos, poseen esa capacidad de transformación propia de las cosas vivas que les permite deslizarse fácilmente de un lugar a otro y por eso el sonido A puede variar fácilmente hacia la E y viceversa, ya que sus puntos de articulación en la garganta

Los sonidos, más los vocálicos, poseen esa capacidad de transformación propia de las cosas vivas que les permite deslizarse fácilmente de un lugar a otro

están relativamente próximos. Esa es la razón por la que palabras que en un momento de la historia del habla se pronunciaron con una A, pasaron luego a decirse con E, y viceversa, cambiando igualmente la grafía al escribirlas, como en *ballena*, de la palabra latina *ballaena* o *brecha*, del francés *brèche*.

Cuando la A se une a sonidos consonánticos, los resultados son muy variados. Por ejemplo, cuando es ceñida por la suave y seductora S/s nos ofrece palabras como *sabor, savia, sabroso, salado, salero, salsa*, que sólo con pronunciarla ya dan ganas de sacar el pan y ponerse a mojar en el plato.

Del brazo de la elegante L participa en *alma, clara, lágrima, ala*, y ambas transportan una herencia de la lengua árabe al idioma español a través de la mayoría de las palabras que comienzan con AL- : *albornoz, alcalde, alcazaba, alcohol, alfombra*.

En ocasiones se junta con la Z para hacerse *zalame-ra, zarrapastroza, zafia* —lo feo es tan necesario como lo bello.

Unida a la sonora y concentrada B nos ofrecen: *blanca, barca, bandera...* y al lado de la aristocrática F: *fantasma, fama, falda*.

En su encuentro con la vibrante R y las restallantes T y P, crea sonidos musicales muy sonoros como cuando imitamos al tambor: *ratataplán, ratataplán...* O cuando recreamos el sonido de agua precipitándose por la *rambla*.

La A quiere ir siempre la primera por eso el prefijo ANTE- significa delante de : *anteojos* —qué bonita palabra, sinónimo de gafas—, *anterior* —el que va delante de otro—, *anteponer* —poner delante—, *anteayer* —el día que fue anterior al de ayer—, *anteanoche, antepasado* —una abuela, un abuelo, los tatarabuelos...

Como ese dibujo de la cornamenta del toro de la que procede su grafía, la A puede ser parecer muy obstinada: cuando ponemos ANTI- conseguimos expresar lo contrario de la palabra que viene a continuación: *antipático* —que no muestra simpatía para con los demás—, *antibélico* —que se manifiesta contra la guerra.

Y, tercamente, la A inicial puede negar lo que viene a continuación, como ocurre en la palabra *apatía* —falta de sentimientos—, pero igualmente puede formar adjetivos que indican a modo de, o semejante a la forma de: *acaramelado, amarronado, acartonado...*

Y, finalmente, la infatigable A marca, en muchas ocasiones, el género femenino en la lengua castellana: *casa, niña, chica, escuela...*

Más allá de nuestras fronteras geográficas y culturales, el sonido que representa la A se corresponde en la tradición islámica con el número 1 y con el nombre de Alá. En la tradición oriental con el tercer chakra o nivel energético del ser humano, situado en el plexo solar, relacionado con la expresión de la voluntad, la afirmación del sí mismo y el propio poder personal, como

corresponde a un sonido tan expansivo. El sonido A pertenece a divinidades solares que expresan el poder y la voluntad tal como Apolo, Helios, Marte, Palas Atenea o el dios egipcio Ra. La vibración de su sonido se correspondería con el de las piedras preciosas del cuarzo blanco, el ámbar y el topacio. Su manifestación externa sería el fuego, la cólera y la risa, y la interna las emociones de la alegría y la ira, todas ellas expresión de la vida en su aspecto más vibrante y puro.

E e I E e E

LA E: VEN, VEN A LEER. Tras la A, el sonido vocálico E es el más frecuente en nuestro idioma, y probablemente la vocal más polivalente de todas: por su articulación central, consigue actuar de forma discreta y práctica como un comodín, y fácilmente puede llegar a virar hacia la A o hacia la I, por estar estos dos sonidos muy próximos en cuanto a su punto de articulación. Esto ocurre sobre todo en las sílabas átonas: véase *envidia*, herencia del latín *invidia*, *entrar*, de *intrare*, *orbe*, de *orbis*, *ballesta*, de *ballista*, *clase*, de *classis*.

Gracias a ese talante central, moderado e integrador, adaptamos al castellano vocablos que en sus idiomas de origen comenzaban con una S denominada líquida: tal es el caso de las palabras *estrés* y *escáner* (del inglés *stress* y *scanner*) o de *espagueti* (del italiano *spaghetti*), *espina*, *espejo* (procedentes del latín *spinus* y *speculum*, respectivamente), o palabras de misteriosos o lejanos ecos, tal como *espía* (supuestamente del gótico *spahia*) o *esponja* (del griego *spongiá*).

Así como la A llevaba un tono de blanco radiante, la E, a mi parecer, se colorea una cierta tonalidad verde, a veces con tintes amarillos, terrosos u ocres, como los matices que lucen las hojas del roble o del haya en los meses otoñales de octubre y noviembre. Y es que parece haber algo en la E que la relaciona con la naturaleza, con *Gea*: la *tierra*, la *biosfera*, los *árboles*, la *espesura*, el *bosque*, la *hierba*, la *verdura*, las *flores*, el *romero*, el *orégano*, el *estragón*, el *té verde*, los *perros*, la *oveja*, el *león*, las *setas*, lo *fértil*, y también *veneno* o *estiércol*. Y no es por tanto extraño que esta letra aparezca con tanta frecuencia en palabras relacionadas con la *ecología*, estudio del medio ambiente en el que nos desarrollamos los seres vivos, tales como: *ecológico*, *ecologista*, *ecotóxico* o la moderna *ecoturismo*. Incluso en el espectro cromático del arco iris: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violeta; el *verde*, lleno de E, es el color que aparece en el *centro*. De nuevo nos encontramos con su voluntad de mediador, de sonido que ocupa un lugar de equilibrio.

*Y es que parece haber algo en la E
que la relaciona con la naturaleza,
con Gea: la tierra, la biosfera,
los árboles, la espesura, el bosque,
la hierba, la verdura...*

El sonido E suena en *inteligente*, palabra donde se unen la *sensatez*, *esfuerzo* y *versatilidad* de la E con la agudeza de la I. La E, tranquila y reposada, ama el conocimiento y el saber: le gusta *leer*, *meditar*, *ver*, *reflexionar*, *escuchar*, *entender*, *comprender* un *texto*, *repassar* una *lección*.

Unida a la R, en el prefijo RE-, nos habla de la voluntad y el deseo de volver a hacer algo, de poner una nueva intención en una acción ya hecha anteriormente. De ahí tenemos: *rehacer*, *releer*, *retomar*, *recoger*, *reponer*, *reiniciar*... y tantas otras que de fijo se os ocurrirán a poco que repaséis vuestro vocabulario cotidiano.

Por cierto, si queremos *revisitar* la historia, cientos, miles de años atrás, el pueblo egipcio escribía esta letra como una persona con los brazos completamente extendidos a los lados de su cuerpo, como si quisiera abarcar el saber que existe en el mundo y a todos los seres junto con él. Desde aquella escritura jeroglífica pasó esta letra al alfabeto fenicio, donde se esquematizó de una manera muy semejante a la de nuestra forma moderna. En el alfabeto griego aparece en ocasiones mirando tanto a derecha como a izquierda, pero el latino se decanta por representarla mirando hacia la derecha, tal y como es usual en la E que conocemos ahora, en la que la figura original y los dos brazos han evolucionado hacia tres ramas dirigidas hacia delante, hacia el futuro. Así que la polivalente E es apta para bucear con el lenguaje tanto en el pasado como en el porvenir. Porque, aunque bien es cierto que la E aparece en el pretérito indefinido de aquellos verbos que acaban en -AR, por ejemplo: *salté*, *amé*, *canté*..., también en la primera persona del tiempo futuro los verbos en castellano se conjugan terminados en E: *iré*, *cantaré*, *volveré*, *haremos*, *habremos*, *habré*..., de forma que, dejándonos acunar por la imaginación y la poesía del lenguaje, encontramos que ambos tiempos, pasado y futuro, se unen en el *presente*. Y es que, repito, la letra E representa un sonido de *entendimiento*, de *encuentro* en algún punto *medio*, *central*.

Formando parte del prefijo EX, fuera de, habla de algo o alguien que sale de algún lugar cerrado o ignorado: *excercelar* —sacar de la cárcel—, *explicar* —sacar a la luz del conocimiento lo que estaba plegado—, *excelente* —que sobresale por encima del resto—, *exprimir* —sacar un zumo de su continente. Igualmente en el prefijo DES-, como en *desterrar* —expulsar de un lugar—, *deshacer* —lo que estaba hecho. La misma idea de “hacia fuera, fuera de, o más allá de” lo encontramos en el prefijo EXTRA: *extranjero* —persona de un país diferente—, *extraño* —persona o cosa ajeno a lo corriente o conocido—, *extraordinario* —fuera de lo normal—, *extraviarse* —perdersse en el camino, salirse de la vía conocida.

En el saber hindú, en la filosofía yóguica, el sonido E es el sonido del chakra medio que separa en el cuerpo humano los tres centros energéticos inferiores de los tres superiores —de nuevo esa idea de centralidad— situado a la altura del corazón. Una de sus piedras más representativas es la verde esmeralda. Su manifestación en el mundo externo, lo gaseoso. La energía que la llena se relaciona con aquellos dioses y diosas que simbolizan el amor en sus múltiples facetas: Afrodita, Eros, Freya, Isvara. Porque se dice que la fuerza activa que transporta la E es el equilibrio junto al sentimiento de amor en todas sus manifestaciones.



LA ALEGRÍA Y LA AGUDEZA DE LA I.

(Frio, frío,
Como el agua
Del río.)

(En 'Balada interior', de García Lorca, poema de desazonadora tristeza en el que parece asomarse la sombra de la temprana muerte del poeta.)

Ligera. Mágica. Aguda como un *chillido*. Cantarina en el *silbar*. *Refinada, incisiva, exquisita, delicada, cariñosa y poética*. Todos estos adjetivos podríamos aplicar a la letra I y a su correspondiente sonido, el más agudo de los vocálicos. Para pronunciarla, el soplo de aire se transforma en la parte anterior de la cavidad bucal en un *ligero silbido*, una *liviana* corriente de aire que busca su salida de forma *sutil* por entre unos labios ligeramente separados.

La I es el *piccolo*, la flauta dulce en la orquesta de los sonidos. Cuando en esa sílaba nos encontramos una I, que semeja a un *alfiler*, a una sutil aguja que llevase prendida la ligereza, se introduce en la palabra todo lo que es pequeño y cariñoso, como ocurre en el caso bien conocido de los diminutivos: *hijita, chiquito, calladito, ligerita, camita*... Seguro que es ése el motivo por el que usamos tanto estas formas al hablar con las niñas y niños: *camita, agüita, pequeñita, mami, papi*..., voces que transmiten cariño, afecto y delicadeza para con los más *chiquitos*. Veamos la unión de la *a* y la *i* en el poema titulado 'Ráfaga', de García Lorca:

Pasaba mi niña.
¡Qué bonita iba
Con su vestidito
De muselina!
Y una mariposa
Prendida.

¡Síguela, muchacho,
La vereda arriba!
Y si ves que llora,
O medita,
Píntale el corazón
Con purpurina.
Y dile que no lllore
Si queda solita.

Góngora mismo tiene un soneto prodigioso que ilustra el aspecto hiriente de la I; se titula 'De una dama que, quitándose una sortija, se picó con alfiler'

Una I puede llegar a sonar muy *pícaro, pizpireta*, incluso *frívola*. Con ella es fácil arrastrar el *hilarante hilo de la risa*. También es capaz de informar de un movimiento relampagueante en *tiritar, escalofrío, vibración*.

¡Ay, qué daño! ¡*Huy!* decimos para expresar un dolor agudo, o un asombro quizás algo infantil. ¡*Huy, huy, huy!* exclamamos de forma humorística por algún motivo de escasa gravedad. Por eso no extraña su presencia en multitud de palabras que evocan objetos afilados, punzantes o puntiagudos: *estalactita, estalagmita, estilete* o sonidos agudos como los del *violín*. ¡Y qué decir de la palabra *frío*, o sus parientes *frígido, frialdad, friolera, refrigerar*, cuyo sonido parece ponernos los pelos tan de punta como la propia I!

En otras ocasiones, la versatilidad de I, su relación con lo sutil, le permite manifestar un sonido elegante, *ligero*, que habla de cosas *finas, refinadas, exquisitas*, como pueden ser las *ninfas, perspicaz* como las *sibilas*. Y junto a la S nos cautiva al sonar en un *SÍ* afirmativo, o un *SI* condicional... o seductor: *si acaso, si tú quieres, si me lo pides*... Acompañando a otros sonidos da palabras tan hermosas y sugestivas como *isla*, por ejemplo, palabra bien sugerente, en el que una I inicial emerge de las aguas de la S para abrirse en una A abierta hacia el cielo.

Igualmente, unida a la silbante S nos regala: *silbar, sintonía, ssss...silencio*.

Sin lugar a dudas, a la I hay que reconocerle un punto *ingenioso*. Pero también su talante cortés, cuando lleva implícito un margen para la duda y el azar: *cantaría, haría, comería*... nos dicen los tiempos condicionales, insinuando un deseo, una apetencia, una sugerencia que no busca imponerse o una duda que no pretende ofender.

Pero ¡*cuidadito!* La *inocente* I puede guardar muchas sorpresas a los incautos que dan por hecho su *simplicidad*. Basta atender a palabras como *cuchillo, cuchilla, bisturí*, todos ellos objetos cortantes o puntiagudos que tanto pueden usarse para hacer el bien como para *herir* con su agudeza metálica. Góngora mismo tiene un soneto prodigioso que ilustra el aspecto hiriente de la I; se titula 'De una dama que, quitándose una sortija, se picó con un alfiler' y hay una inaudita acumulación de *Í* (con diéresis incluida) para sugerir, incluso gráficamente, el pinchazo del alfiler. Y es que lo agudo posee, al menos, esas dos facetas.

Nunca hay que descuidar las cosas pequeñas y sutiles de la vida; suelen trabajar profundamente, despacio y desde lo escondido, y originar grandes cambios en la superficie: la presencia del sutil sonido I junto a otros sonidos vocálicos ha producido importantes cambios fonéticos: es el caso de *ballena*, del latín *ballaena*, a su vez del griego *Phalaina*, donde se ve claramente cómo una sencilla I transforma un sonido en otro.

Unido a la N en el prefijo IN-, IM- ante P o B, actúa como negación del vocablo que viene después: *incapaz* —que no puede hacer—, *infante* —que no puede hablar—, *impune* —sin castigo—, *impávido* —sin miedo.

Pero el prefijo IN- y más claramente el INTER- nos devuelve a entre o dentro de algo. Así encontramos *interior, incluir, intérprete* —mediador entre dos o

En esos momentos en los que nos sentimos tristes o descorazonados, lo que brota de nuestro interior es una ¡OOOOOOO! larga y afligida

más—, *invadir* —penetrar violentamente en un espacio—, *intuición* —entrar en una imagen—, *internar*, *internado*, *interponer*, *intercalar*, *imponer*, *interferencia*... y tantas otras que usamos de continuo en nuestra habla de todos los días.

El origen de esta vocal se remonta al abecedario etrusco, donde una antepasada suya, la *yod*, al parecer representaba una mano. Según la sabiduría oriental, es el sonido que se relaciona con el quinto chakra, o centro de energía sutil situado en la garganta, y que rige la comunicación. Se vincula igualmente al dios griego Hermes, el Mercurio romano, veloz mensajero alado de los dioses del Olimpo ¿Qué es el mercurio, al fin y al cabo? El único metal *líquido*, *fluido*, *difícil* de atrapar. Las piedras relacionadas con esta manifestación energética son la turquesa, aguamarina y celestita. Su manifestación externa es la vibración y su fuerza activa, no podía ser de otra manera, es la comunicación a través de la vibración simpática.



LA O DE ORO, EL TESORO EN EL POZO. El sonido representado por la letra O se origina en las profundidades de la garganta y resuena en la cavidad bucal del hablante antes de salir a través de sus labios redondeados. En el umbral de su articulación se relaciona estrechamente con la vocal U, hasta el punto de que el habla pasa con gran facilidad de una a otra. Es el caso de muchas palabras del latín, cuyas correspondientes en nuestra lengua muestran estos virajes fonéticos: *Humo*, de *fumus*, *opaco*, de *opacus*, *ortiga*, de *urtica*, *oscuro*, de *obscurus*, y, en general ocurre esto con todas las terminaciones latinas en -us o -um. También ocurría esto cuando la sílaba tónica contenía AU, por ejemplo: *oro*, del latín *aurum* u oreja, del diminutivo latino *auricula*.

El sonido de la O puede sonar tan redondo como un *botón* y tan rotundo como el de la A, con quien gusta juntarse en muchas palabras, como *balón*, *calor*, *mago*, que transmiten sensación de amplitud y sonoridad: *ojo*, *ojiva*, *ojal*, *flor*, *hola*.

Pero también es el sonido más grave de la escala y puede ser el mensajero del *dolor*, del *olvido*, de lo *fosco* y *hosco*. Si dejamos salir el aire desde lo más profundo en esos momentos en los que nos sentimos tristes o descorazonados, lo que brota de nuestro interior es una ¡OOOOOOO! larga y afligida como si de un *pozo oscuro* saliese. Otras veces, en cambio, es asombro lo que la O transmite. ¡Oh! decimos cuando algo nos toma por sorpresa. ¡Oh! exclamamos cuando algo nos gusta especialmente.

Capaz de expresar sentimientos y emociones aparentemente muy alejados, el sonido de la O es complejo y paradójico: transmite apertura y clausura al mismo tiempo, como queda de manifiesto en la palabra *ojo*, órgano señorial capaz de contemplar el exterior y de absorber imágenes a su vez, o en *ojo* de agua, lugar donde el agua ve la luz y que a la vez queda cerrada en un espacio. Es lo mismo exactamente que ocurre con *ojiva*, *ojal*..., permiten a la vez que impiden el paso de un lugar a otro a través de una abertura. Este sonido nos puede evocar clausura, ciclo que se cierra, como en la palabra *otoño*, época en la que la naturaleza se despoja de sus verdes para volverse hacia dentro. Nos habla también de lo que es *redondo*, *orondo*, *gordo* o con formas curvadas como *onda*, *ola*. Por esa forma suave y redondeada es muy propicia para trasladar la imagen de sensualidad, en *amor*, *eros*, *erote*. Junto a esto, fijémonos en el expeditivo “No”, pronunciado con una N nasal que remeda el bufido de un toro. Resuena muy rotundo un *No*, tanto como pueda hacerlo la palabra *Yo*, ese espacio interior donde habito.

Hablando de contrastes y paradojas. ¿Qué decir cuando la O muestra toda su capacidad de desprecio en su unión con la Ñ en *ñoño*, *ñoñería*? De igual manera al toparse con la CH en *chucho*, *choza*, *chollo*... En cambio parece alumbrar una onomatopeya semejante a un suave roce al encontrarse con la F: *fósforo*, *fosforecer*, *fosforescente*. Por otra parte, la O es un sonido que tiene un algo de *denso*, de *espeso*, incluso de *pesado* como el *plomo*. Su eco se asocia a la tierra, la fuerza de la gravedad. En las barajas de naipes, los redondos *oros* representan la parte material que precisamos para vivir en este mundo de la realidad consciente; en este sentido figura la riqueza, el tesoro, el patrimonio personal, junto con el poder, la solidez y la estabilidad que aportan a la vida. En los cuentos tradicionales, los enanos, seres elementales de la naturaleza, cavan y cavan en lo *profundo* del *pozo* y con esfuerzo y *gozo* encuentran el *oro*, ¿o era *carbón*?, o quizás *petróleo*, también llamado el *oro negro* de nuestro tiempo. Y tal vez buscaban *oro*, en cualquiera de sus formas, porque el tesoro material que supone el *oro*, remite al tesoro espiritual de la Humanidad, también representado por la búsqueda alquímica de la piedra filosofal, que, se decía, lograba transmutar el *plomo* en *oro*.

Mirado por el otro extremo la O, al ser un sonido surgido de las profundidades de la garganta, al igual que en su compañera la U, se vincula a lo teutónico, oculto y arcano; ese eco del misterio resuena en vocablos que evocan la idea de oscuridad: *sombra*, *tenebroso*, *oscuro*, *fosco*, *fosa*, *morboso*, *sospechoso*. Y es entonces cuando fácilmente nos invade el *horror*, *pavor*, el *terror*.

El sonido O parece querer que trascendamos la dualidad y avancemos de la materia al espíritu y viceversa, en un continuo juego dialéctico y simbólico que nos permita alcanzar, o al menos vislumbrar, la unidad de lo material y lo espiritual.

El origen de la letra O se sitúa en el lejano alfabeto jeroglífico egipcio, donde se dibujaba con la forma de un ojo humano que mira —y es mirado— de frente. Más tarde los etruscos lo esquematizaron y, con poca variación, pasó a través del griego, cruzó a través del alfabeto latino y de ahí al del castellano.

El sonido O corresponde al primer chakra o chakra raíz, situado en la zona del perineo, y por tanto al pronunciarlo podemos activar y sentir con mayor plenitud este centro energético y corporal que nos conecta a la tierra, la supervivencia y el arraigo. El sonido O se vincula al metal plomo y al planeta Saturno, considerado el regente de la vejez, la dureza y la sequedad. En el saber oriental la fuerza esencial de este sonido es la gravedad, la atracción que el núcleo interno de la tierra ejerce sobre todo lo que en ella existe. En cuanto a los dioses y diosas, se vincula con Gea, la Tierra, Démeter y Perséfone y Plutón, señor del Hades o tierra de los muertos: divinidades representativas de la transformación y generación que se produce siempre en lo oscuro, las profundidades y lo inerte. Sus piedras son el granate, la piedra imán y el rubí, y su manifestación interna es la estabilidad y firmeza, mientras que la externa es la materia sólida.

Y es también, apoyado en esa mmm nasal que lo alarga, lo sube a través de las fosas nasales y lo hace expandirse hasta el infinito, el sonido del mantra universal Om —cuya pronunciación puede evolucionar a oum o aum— que, repetido con la necesaria concentración, nos enlaza con la energía eterna y esencial.

U U U U U U U U H H H H ...

UUUUUUUUHHH... ULULA EL BÚHO EN EL CREPÚSCULO AZUL.

Y el cuervo susurraba: nunca más, nunca más.
(‘El cuervo’, EDGAR A. POE)

Si nos fijamos en su grafía, la forma de la letra U se asemeja a la de un pozo; tal vez sea para avisarnos de que con ella se puede viajar desde las profundidades telúricas a la superficie de la tierra, y viceversa, como en un *submarino*. Es por esto que aparece en *útero*, *gruta*, *cueva*, *humus*, *húmedo*, *último*, *súcubo*, *suelo*, *sucio*, *sueño*..., vocablos que nos remiten a lo que está abajo, dentro y/o escondido.

El origen de la letra U se localiza en el alfabeto latino, donde en ocasiones se intercambiaba con la consonante V.

Aunque aparece con mucha frecuencia en palabras relacionadas con la luz —*luminosidad*, *luminaria*, *lucero*— puede, sin embargo, ser la suya una luz *lígubre*, como en *fúnebre*, *funesto*, porque la U procede de los *subterráneos*, de lo *profundo*, y llega a la superficie alumbrada por su propia *luz azul oscuro*. Y es que el sonido de la U aparece en muchas palabras que nos hablan de cosas escondidas, *ocultas*, o que *ocultan* y *guardan* en su seno: a veces mueven a pena, otras a compasión, o a miedo al evocar asuntos temibles o misteriosos. Y es que este sonido, repito, parece transportar consigo un eco sombrío, algo secreto y misterioso —a todos nos estremece y resuena aquella ‘Noche oscura del alma’ de Juan de la Cruz—, quizás por ser un sonido grave y tener su origen en los pliegues más escondidos de nuestra garganta. La encontramos en el

interior de tubos y túneles y ¿acaso no se llamaba *Lucifer* el ángel caído, aquél que portaba la *luz*? La *u* dentro de la luz nos recuerda que, como repiten incansables los budistas, toda luz conlleva oscuridad y viceversa, es decir: la *luz* existe en la *oscuridad* y la *oscuridad* en la *luz*.

Prestemos atención al verso de Luis de Góngora “Infame turba de nocturnas aves...”, donde la U se une a la vibrante R en los versos que portan el acento y con ello el poeta transmite una sensación de amenazador torbellino.

¿Y qué decir de *umbrío*, *luto*, *luminoso*, *luz*, *azul*, *luna*, *crepúsculo*, *nocturno*, *lechuza*, *túnel*, *susto*, *pus*, *zumo*, *úlceras*, *humo*, *tufo*, *murmurar*, *susurrar*, *ulular*, *baúl*, *cuenco*, *desnudo*, *hueso*, *antigüedad*, *lumbre*? ¿O de *astuto*, *calculador*, *disimulo*, *oculto*, *profundo*, *oscuro*, *turbio*, *tumba*, *Plutón*? Cada una de estas palabras merecería en sí misma una profunda reflexión.

Ese misterio mismo que traslada la U, hace que cuando se une a la dulce y líquida L, o la sensual S, o la zalamera Z, pronunciamos y escuchamos palabras tan hermosas como *lluvia*, *luna*, *dulce*, *dulzura*, *suave*, *zumo*.

La U habla de las cosas del pasado, sacándolas del pozo insondable, cambiante y fluido de la memoria, cosas que fueron... o que hubiésemos querido que fueran: *hubo*, *hubiere*, *hubiese*.

En el prefijo SUB- nos remite a todo lo que está debajo: *súbdito*, *subsuelo*, *subsidiario*, *subterráneo*..., igualmente SU-: *sumiso*.

Fruta, *agua*, *gruta*, *cueva*, *tumor*... son palabras que no pueden dejar de llamar la atención, todas ellas hablan de algo que, gestadas en algún lugar profundo y oscuro, sale a la superficie para extenderse en el mundo exterior.

El sonido que representa la grafía U se vincula al segundo chakra, situado a dos dedos por debajo del ombligo. Si pronunciamos largamente el sonido, sentiremos cómo resuena en este centro energético, lunar, fluido y acuático, que es el de la sexualidad y la creación en general. Es el sonido que se relaciona con la misteriosa Luna, las divinidades griegas Dionisos, Pan y Diana, así como con el dios hindú Vishnu. Su metal es el maleable estaño, mientras que sus piedras preciosas son la cornalina y el coral. Su fuerza activa principal: la atracción de los opuestos. El estado íntimo, los sentimientos; y su manifestación externa, el estado líquido necesario para que los sentimientos, vueltos agua, fluyan y salgan, para que el amor y la creación surjan al exterior.